



Año XLVIII

Orihuela 1 Julio de 1930

Num. 1117

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

## Inconsecuencias

Don Patricio Salmonete es un modesto empleado, padre de una numerosa familia y asiduo concurrente al café de «La Estrella», donde por un real toma café, refrescos, los terrones de azúcar que dejan los amigos, y cada disgusto con la reacción y con los reaccionarios que se pone a punto de que le dé un ataque de apoplejía, don Patricio no pudiendo derribar de su trono a los tiranos derriba con el codo las tazas y copas que hay sobre la mesa. Desde la caída de la Dictadura ha causado verdaderos estragos en la vajilla del establecimiento.

Salmonete con su oratoria ha conseguido ahuyentar a muchos parroquianos de «La Estrella» porque en cuanto ve cuatro reunidos les espeta un discurso que termina siempre de la misma manera: «la voluntad de la mayoría debe ser la suprema ley de las sociedades ¿Está usted?»; don Patricio es de los oradores que piden recibo, no dejándole al oyente ni siquiera el recurso de no prestarles atención.

Hace poco días fui a visitar a Salmonete, no estaba en casa y a su esposa se le ocurrió aprovechar mi visita para consultarme acerca de la salud de sus hijos.

—¿Que le parece a usted Doctor, que hagamos con esta niña,? dijo cogiendo a una de sus hijas y poniéndosela delante, que ha perdido el apetito y anda siempre por los rincones comiéndose el yeso de las paredes. ¿Le sentarían bien los baños de mar?

—Mucho, contesté; eso indica falta de sales de cal, empobrecimiento de la sangre y los baños de mar para eso es cosa santa.

¿Y con Antoñito que me tiene tan preocupada?, me preguntó presentándome un zangolotino de trece años que parecía un maniquí de almacén de ropas hechas.

—Este niño está creciendo, dije al verle las manga de la americana que le faltaban cuatro dedos para llegar a su destino, y contra los accidentes del crecimiento yo no conozco nada tan eficaz como los baños de mar.

—Todavía queda otro enfermo, agregó la esposa de Salmonete señalando a una señora de ocho arrobas castellanas, la pobre mamá que con su gran peso y sus muchos dolores está completamente imposibilitada, y no se qué haría por mejorarla.

—Pues aprovechen la ocasión, hagan un esfuerzo y al mar con ella, dije dispuesto a reventar por completo a Salmonete, que en esos reumatismos crónicos hacen verdaderos prodigios los baños de mar calientes.

Mi cosejo fue excelentemente acogido por toda la familia. Los niños empezaron a saltar de gozo ante la perspectiva de un viaje de recreo, las hijas me dirigieron sonrisas de agradecimiento, la madre me colmó de atenciones y yo salí de la casa riendo para mis ádentros al pensar la cara que iba a poner el entusiasta admirador del sufragio universal en cuanto se desencadenara aquella tempestad que para él iba a ser el diluvio universal.

No habían pasado tres horas de

mi visita cuando recibí un recado urgente rogándome volviese a casa de los Salmonetes. Me apresuré a hacerlo temiéndome una catástrofe y arrepentido de las consecuencias que pudiera traer mi broma.

Los rostros antes alegres se habían tornado tristes. Don Patricio parecía una pantera y la mamá política llevaba la cabeza envuelta con un pañuelo de yerbas.

—¿Qué ha pasado aquí? pregunté al observar aquella mutación.

—Casi nada, contestó don Patricio con ironía, que su consejito de usted me ha colocado a las puertas de presidio.

Entonces me contaron lo ocurrido: la esposa había manifestado a Salmonete la necesidad de llevar la familia a que tomase los baños de mar, las hijas apoyaron la proposición, don Patricio dijo que *nonnes*, la suegra intervino en el debate, don Patricio le tiró a la cabeza lo primero que encontró a mano, que fué un cucharón de plata meneses, que si conforme le da de plano le da de canto, se arma la gorda, mejor dicho, muere la gorda, sin decir Jesús; entonces la hija salió en defensa de la madre y Salmonete, ciego de ira la cogió con ambas manos y estuvo a punto de desarticularle las vértebras cervicales.

Cuando escuché el relato de lo ocurrido acercándome a la puerta por si tenía que tomarla huyendo de don Patricio, me atreví a decirle: dispénsame usted amigo Salmonete, pero lo que ha hecho me parece una inconsecuencia, porque si la voluntad de la

mayoría debe ser la ley suprema de los pueblos, también debe serlo de las familias y por lo tanto usted debía haber accedido a llevar la suya a...

—¡Los infiernos, exclamó don Patricio, perdiendo los estribos.

—Sepa usted, caballero que en mi casa solo se hace lo que a mí me da la real gana.

Yo entonces acordándome del cucharón, cogí el sombrero y me fuí a la calle convencido de que el mundo está lleno de Patricios que tienen dos programas uno para gobernar los pueblos, es decir las casas de los demás, y otro diametralmente opuesto, para el gobierno de la suya.

J. Clavara

## La conversión del veterano

### I

Había sido uno de los que entraron en la torre de Malakoff con el general de Mac Mahón y de los que, bajo las órdenes del emperador Napoleón III, tomaron gloriosa parte en las batallas de Magenta y Solferino.

Retirado a su casita de los Bajos Pirineos, con una cicatriz que le desfiguraba el maxilar izquierdo, con una cinta de la Legión de Honor y con una modesta pensión que bastaba para satisfacer sus pocas exigentes necesidades, pasábase la vida cuidando del huerto y de sus piezas de maíz, que se extendían por detrás de la casa, fumando su negra pipa bajo el frondoso emparrado que encuadraba gallardamente la puerta y se deslizaba luego, culebreando por ambos lados de la fachada, y viendo cruzar diariamente los trenes que iban de Pau a Lourdes y viceversa.

Llegaban a sus oídos los cánticos de los piadosos viajeros o el murmullo de sus voces que se perdían rápidamente al alejarse el tren en la curva del camino, y ni una sola vez presenciaba el espectáculo, aunque despidiese el poético perfume de la oración vespertina, sin que de su boca requemada por el constante y abrazador humo de la pipa negra, no saliese esta exclamación:

—«C'est drole ça!» (Esto es cargante, esto es raro, esto es estra mbótico.)

Acostumbrado el veterano Ronchard a resolver las cuestiones con el sable cuando tocaban a dar una carga, y con el bisturí cuando se trataba de curar una herida, no quería que hubiese en el mundo tantas personas capaces de abandonar su casa por ir de aquella manera con rosarios, medallas y rezos, a buscar en una fuente de agua clara el remedio a sus enfermedades.

El buen cura de la parroquia estaba muy disgustado porque el viejo soldado no ponía los pies en la iglesia; pero los dos se tenían afecto, y no pasaba una sola vez el párroco por delante de la casa del veterano, sin darle los buenos días y sin que éste se los devolviese afectuosamente, ofreciéndole un asiento bajo el emparrado y un vaso de cerveza.

Unas veces aceptaba y otras no, porque era hombre trabajador y celoso y quedábale poco tiempo de solaz; pero siempre que podía, complaciase en sentarse junto al viejo soldado y en hablarle de sus antiguas campañas, única conversación que le hacía soltar la pipa de la boca y tenerla no pocos minutos entre los dedos de la mano izquierda, sin acordarse de que hubiese tabaco «caporal» en el mundo.

No hay para qué decir que, ordinariamente, desde las campañas de Rusia y de Italia venían a caer la amistosa plática en los sucesos que ocurrían en Lourdes.

Aquí ya la pipa del veterano abandonaba los dedos de la mano izquierda y se colocaba en su verdadero trono, entre los bigotes grises y la perilla blanca, y el cura el único que refería los últimos acontecimientos, es decir, las últimas curaciones de enfermos desahuciados.

El veterano oía y gruñía de vez en cuando:

—¡Oh, para pedir a la Virgen, le pediría algo más importante! Yo le pediría la inmortalidad.

Un fuerte dolor en la cicatriz le cortó la frase. El veterano echó un «saprísti» con muchas «erres» y se llevó la mano a la cara.

—¿No pediría usted que le curase ese dolor, mi querido Ronchard?—dijo el cura cuando se calmó el ataque.

Gruñó el veterano, y entre dientes contestó a la oportuna observación del párroco:

—Pedir... sí pediría, porque el dolor me hace rabiar mucho, pero esto debía ser cosa de los médicos exclusivamente, si no fueran unos brutos, ¿qué necesidad tendría nadie de molestarse a...?

—A la Virgen no se le molesta, amigo mío; Ella quiere, Ella exige esos actos de fe para recompensarlos con una gracia material que no le cuesta ningún trabajo, conceder. Por eso ama tanto a los que la visitan, no porque la conceptúen más sabia que los médicos—esto sería bien poco ciertamente—sino porque la reconocen por lo que es, la Madre de Dios, la Reina del cielo y de la tierra, el amparo y refugio de los pecadores.

—¡Fe! ¡fe!—murmuró el veterano.—Para eso quisiera yo el agua de Lourdes.

### II

No muchos días después de esta conversación, tan parecida a otras que habían sostenido el cura y el veterano, este duro roble cayó bajo el golpe de una enfermedad gravísima.

Vino el médico, y Jenette, su hermana, oyó de su labios la triste nueva de que los setenta y ocho años del antiguo soldado de Crimea no podían resistir el embate de aquella dolencia.

Vino el cura, y para obligarle a confesarse le instó a que se encomendara a la Virgen de Lourdes y beblera el agua de la Gruta que le traía.

El veterano clavó sus ojos febriles en el vaso que el sacerdote tenía en sus manos. Sus labios secos se movían con ansiedad atraídos por la frescura y transparencia del agua...

—Señor Ronchard, rece usted conmigo el Ave María; récela con todo el fervor de su corazón y luego beberá usted.

El soldado no contestó. Pero el cura comenzó a recitar el Ave María, y con inmenso regocijo, observó que el señor Ronchard repetía las palabras de la salutación angélica.

Cuando terminó, sus ojos se clavaron de nuevo en el vaso, y dijo con afán:

—¡Agua!

—¿Esta? ¿La de Lourdes? ¿La de la Virgen?

—Esa—contestó el veterano, y repitió otra vez—: ¡esa!

Y alzando la cabeza, que el sacerdote sostuvo con su brazo izquierdo, bebió afanosamente el agua que le ofrecía el ministro de Dios, profundamente conmovido, y encomendando a la Virgen el alma de aquel sediento de fe. El cual dejó caer la cabeza sobre la almohada, cuando hubo bebido, y cerró los ojos como si fuera a dormir.

El cura contempló su rostro. La dureza de sus facciones iba desapareciendo poco a poco, como desaparece la sombra ante la luz, y la serenidad y la dulzura invadían la ceñuda frente, los labios comprimidos, las mejillas contraídas, y cuando, al poco tiempo, el moribundo abrió los ojos, su mirada era tranquila y segura.

—Y bien—dijo, tendiendo una mano al sacerdote—: ¿cuando me confiesa usted?

El cura apretó con las suyas aquella mano; acercó su rostro al del veterano, y la Virgen sonrió allá lejos, en la Gruta, con inefable sonrisa de Madre del pecador arrepentido.

### III

La pobre Jenette entró, una hora después, a preguntar por su hermano.

—Se ha confesado—le dijo el párroco, saliendo a su encuentro y enjugándose los ojos.

—¿La Virgen ha hecho un nuevo milagro, señor cura?

—El mayor de todos, hija mía. Ese valiente no quería la vida, sino la inmortalidad, y la Virgen de Lourdes se la ha dado ya en el cielo.

Valentín Gómez

## CASOS Y COSAS

¡Y como está de alterado el cotarro político!

¡Alba viene, Cambó se vá, el Duque de Maura está a la puerta... Romanones ha guiñado el ojo, Alhucemas es un buen compadre; Bugallal chilla, Cierva ha sacado del arca los pantalones a cuadros...!

¡Como antes de ayer!

Pero las libras esterlinas suben, suben...

Y la prensa y los políticos que en los últimos días del Directorio ponían el grito en el cielo, ahora callan... ¿Por qué callan?

Por que a ellos no les interesa más que la política, los fulanismos y zutanismos; no les interesa más que el cotarro político.

Si las futuras Cortes se preocuparan de las responsabilidades, de todas las responsabilidades contraídas por mal servicio de la patria y de los intereses del pueblo, los periodistas que están desorientando a España y los políticos de fulanismos y zutanismos, darían con sus huesos en la cárcel. Porque es un crimen jugar a la política cuando la economía nacional está siendo devorada por los cambios.

Cuando se puso enferma la peseta en manos de la Dictadura los médicos políticos dijeron: Hay que cambiar de médicos de cabecera.

Pero ahora en vez de clamar por recetas nuevas y aportar cada uno su grano de arena se han declarado en pelaza permanente por si las Cortes deben ser Constituyentes, por si es la hora de las derechas o de las izquierdas y por otros bizantinismos ridículos mientras la pobre enferma está casi sin pulso, desmayándose...

Y como consecuencia de la baja de la peseta ha seguido la subida de los géneros españoles, sobre todo, los que han de ser comprados en el extranjero y como nunca un mal viene solo, con la carestía de la vida vienen las huelgas y otros fieros males...

En reciente reunión del Ateneo de Madrid, presidida por el afortunado señor D. Fernando de los Ríos—afortunado porque le caen cátedras como lotería—se trataba del tema: «Deberes de España antes la reconstrucción de su legalidad.»

Hablar de legalidad en el Ateneo es como decir:

—¡Agua va!

Y el agua, helada como sorbete, lo cual es una ventaja para el verano, ha sido arrojada bajo la presidencia de D. Fernando de los Ríos y por D. In-

dalecio Prieto, sobre el partido socialista.

—El socialismo, ha dicho, no está capacitado en la hora actual para gobernar. Si las eventualidades políticas pusieran el poder en manos del partido socialista constituiría una verdadera catástrofe...

Las masas socialistas tratarían de conseguir por la fuerza lo que le negasen sus directores.

D. Indalecio Prieto es un diputado socialista, buen conocedor del paño y muy admirado por sus ex compañeros de trabajo. Suponemos que se habrá ya reunido la Asamblea General del partido para darle las gracias y nombrarlo por lo menos Presidente honorario.

Se acabaron las huelgas de estudiantes, porque se acabó el curso; pero ya se dice a voz en grito que apenas venido Octubre volveremos a las huelgas y a no estudiar y a no ir a clase, ni estudiantes, ni profesores.

En una Universidad los representantes de la novísima Federación de estudiantes holgazanes tenían sobrante de unos piquillos que habían recibido del extranjero dos mil pesetas.

¿Qué hacer con las dos mil pesetas? ¿Devolverlas honradamente a los bolcheviques, cuyo era, al parecer, el dinero? ¡Quiá! Eso de devolver las pesetas que no son propias es un precepto del Decálogo y la Federación de los holgazanes es aconfesional.

Se dieron a meditar un plan. A unos amigos les pidieron los relojes... para ver la hora; a otros las estilográficas y a otros los libros...

Cuando ya se hubo reunido un buen lote se fueron a la casa de empeño; y relojes y libros y estilográficas fueron prueba de la llegada del comunismo intelectual, porque por manos y voluntad de unos estudiantes se quedaron allí entre las uñas del prestamista.

La comisión tomó las de villadiego, se internó en el extranjero y ha marchado a Rusia...

Parece que los suspensos aquí, van a obtener allí sobresalientes con matrícula de honor.

La ciencia del comunismo se aprende a costa de pocas fatigas y sin tener que exprimir mucho los sesos.

A. Hernán

## DOBLE DEUDA

## I

Ya se lo había dicho el alcalde muchas veces:

—Mira, Fantoche, que tienes muy mala bebida; que cuando el vino se te sube a la cabeza sueltas unos disparates muy gordos, y un día te ha de costar la borrachera más caro de lo que ahora te cuesta, que todo se reduce a dormirla en la cárcel y bajo techado.

Ni por esas. Fantoche seguía la carrera de Baco con más vocación que otros emprenden la de mecánicos electricistas.

La mujer, a quien cada pítima del marido costaba un mechón de greñas y alguna cazuela de la cocina, sentía más que nada las borracheras de su consorte por las blasfemias que le oía, tanto, que ya guardaba de antemano en la alcoba unos algodoncitos empapados en agua bendita, y cuando Fantoche comenzaba su infernal sinfonía, ella se obturaba los oídos y se deshacía en jaculatorias, santiguándose continuamente como si los rayos de una deshecha tempestad se cerniesen sobre su cabeza.

Una noche le tocó al Fantoche cogérle de las de padre y muy señor mío.

Estaba sentado en un banco de la plaza, y varios chiquillos se divertían de él, mientras algunos de sus amigos procuraban llevárselo a su casa a fin de que el severo alcalde no lo encontrase de aquella guisa y le hiciese llevar a otro sitio menos obligado.

Casualmente cuando se estaba en aquella faena, acertó a pasar por allí el alcalde.

Era éste, y es todavía si no lo han quitado hace relativamente poco tiempo, un buen hombre, católico de verdad y dueño de bastantes tierras cerca del pueblo que gobernaba, y que es uno de los más pintorescos de Galicia.

—Oye, Fantoche—le dijeron sus amigos al ver al alcalde—, mira que te van a meter en la cárcel, que ahí viene el señor alcalde; vente con nosotros a tu casa.

—El señor alcalde manda en su casa, y yo...

Tú mandas en tus calzones cuando no los tienes prestados. A ver, que lo lleven a la cárcel— y el alcalde hizo ademán de agarrar por un brazo al Fantoche.

—Usted es un déspota, y yo le voy a pegar ahora mismo si no me deja.

Y diciendo esto se levantó como pudo, y sin pedir permiso ni al ministro de la Gobernación, le soltó al alcalde una bofetada más solemne que el día del patrón del pueblo, acompañada de una blasfemia contra Dios, más redonda que la boca del quinto infierno.

Todos los brazos se lanzaron sobre él, y al fin lo pudieron llevar adonde estaba acostumbrado a pasar las borracheras.

## II

El señor alcalde citó al Fantoche ante los Tribunales, y el juicio llegó hasta el Juzgado de Lugo.

Dos eran las acusaciones: una, por desacato a su persona y a la autoridad de que se hallaba investido; la otra, por desacato a la majestad de Dios, inferido con blasfemia contra su santo nombre.

De la primera acusación se hizo mucho caso en el Juzgado; de la segunda no se hizo tanto, y aun se rogó al alcalde que sobreseyera en ella, cosa que no se pudo recabar nunca del honrado y cristiano caballero.

Fantoche no podía vivir de puro susto. De lo que menos le remordía la conciencia era de la blasfemia contra Dios, porque, al fin y al cabo, en un momento de embriaguez, ¿a quién no se le escapa un terno seco?

Lo que le traía a mal traer era la parte de la bofetada, pues tratándose de afrentas personales, los hombres perdonan con mucha dificultad.

Con estas consideraciones formaba mil y mil propósitos de no emborracharse más, y en caso de hacerlo, proponía no meterse ni con los perros de la calle.

Y así llegó el momento de leerle la sentencia.

Allí estaba el alcalde con su bastón en las manos, y éstas cruzadas por las espaldas.

Allí estaba la mujer del Fantoche con dos hijitos en los brazos y la incertidumbre mas cruel pintada en su semblante.

Por fin se leyó la ominosa condena, que poco más o menos decía así:

«Considerando que las faltas de desacato a la autoridad constitucional pueden, a no corregirse, engendrar en el pueblo el espíritu de rebellón hacia las autoridades constituídas por el Estado; Considerando que la persona

del señor Alcalde, digna de todo aprecio, ha sido injuriada...

«Considerando... etc., etc., etc., queda Juan Rodríguez, alias Fantoche, sujeto a la multa pecuniaria de cien pesetas, más cinco meses de arresto en la cárcel del pueblo.»

Un gemido largo y desconsolador brotó de los labios del borracho y de su esposa, que cayeron a los pies del alcalde pidiéndole perdón.

—Levántate—le dijo el alcalde con tono severo—; al fin y al cabo, la ofensa fué contra mi persona, y yo te perdono.

Signió el juez:

«Item, considerando que la religión del Estado es la católica apostólica romana, y que, por tanto, las blasfemias contra Dios son delitos punibles por la ley, se le condena al susodicho Juan Rodríguez, en virtud de la segunda parte de la acusación, a pagar veinticinco pesetas de multa y una semana de arresto en la cárcel.»

—¿Ves?—prosiguió el alcalde—, Esa multa ya no puedo perdonártela yo, pues está dada por una injuria contra Dios. Con que vete una semana a la cárcel y luego, de los jornales que te da el Ayuntamiento, iremos descontándote los cinco dures, que vendrán muy bien para el Asilo.

—Pero, señor alcalde, ¿usted que perdona una bofetada no quiere perdonar una palabra que...?

—Ya te he dicho la razón. La bofetada era ofensa propia, y la puedo perdonar; pero la blasfemia es ofensa contra Dios, y no puede perdonarla más que el señor cura. Y que te conste a ti y a todos los del pueblo: que cada tacho de esos que soltáis con frecuencia, se pagará en adelante según la tarifa que acaban de marcar en Lugo.

## III

Este alcalde volvía triunfante de la ciudad, cuando yo volvía aliviado de mis dolencias de los baños de Verín.

Entramos en la misma diligencia y me contó el suceso, añadiendo este epifonema:

—Voy con este triunfo a desterrar de mi pueblo la blasfemia: una bofetada y unas cuantas pesetas me ha costado la broma; pero al fin y al cabo, ¿qué es eso si consigo tenerle quieta la lengua al Fantoche y todos los otros fantoches de la comarca?

A. Risco. S. J.

Imp. La Lectura Popular.—Orizuela.